

ENCUENTROS



Ecología cultural en las Américas

Conferencia de
Cristián Samper

CENTRO CULTURAL DEL BID

Coordinador General y Curador: Félix Angel
Asistente del Coordinador General : Soledad Guerra
Coordinadora de Conciertos y Conferencias: Anne Vena
Coordinadora del Programa de Desarrollo Cultural: Elba Agusti
Asistente de Manejo y Conservación de la Colección
de Arte del BID: Susannah Rodee



El Centro Cultural del BID fue creado en 1992 por Enrique V. Iglesias, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). El Centro tiene dos objetivos principales: 1) contribuir al desarrollo social por medio de donaciones que promueven y cofinancian pequeños proyectos culturales con un impacto social positivo en la región, y 2) fomentar una mejor imagen de los países miembros del BID, con énfasis en América Latina y el Caribe a través de programas culturales y entendimiento mutuo entre la región y el resto del mundo, particularmente de los Estados Unidos.

Las actividades del Centro en la sede promueven talentos nuevos y establecidos provenientes de la región. El reconocimiento otorgado por las diferentes audiencias y miembros de la prensa del área metropolitana de Washington D.C., con frecuencia ayudan a impulsar las carreras de nuevos artistas. El Centro también patrocina conferencias sobre la historia y la cultura América Latina y el Caribe y apoya emprendimientos culturales en el área de Washington D.C. relacionados con las comunidades locales latinoamericanas y del Caribe, como por ejemplo, el teatro en español, festivales de cine y otros eventos.

Las actividades del Centro, a través del *Programa de Artes Visuales* y de la *Serie de Conciertos y Conferencias*, estimulan el diálogo y un mayor conocimiento de la cultura de los países americanos. El *Programa de Desarrollo Cultural* se estableció en 1994 para apoyar proyectos en América Latina y el Caribe que impulsan el desarrollo cultural comunitario y la educación artística de jóvenes en el nivel local, y provee apoyo institucional para la conservación del patrimonio cultural, entre otros aspectos. La *Colección de Arte del BID*, conformada a lo largo de muchos años, es asimismo administrada por el Centro Cultural. La Colección refleja adquisiciones que van de acuerdo con la relevancia e importancia hemisféricas que el Banco ha logrado después de cuatro décadas de existencia como institución financiera pionera en el desarrollo de la región.

ECOLOGIA CULTURAL EN LAS AMERICAS

Cristián Samper

El continente americano es una de las regiones más ricas del mundo en diversidad biológica. Las diferentes especies de plantas y animales que viven en los bosques del Amazonas y de los Andes han fascinado a los científicos durante siglos, desde las primeras exploraciones de Alexander von Humboldt. Por ejemplo, aves como el colibrí que se alimenta de la flor de una pasionaria —una de las 300 especies de colibríes que sólo se encuentran en el Nuevo Mundo—, o la colorida rana *Dendrobates* que habita en las selvas de Chocó, en Colombia, son criaturas que hemos ido descubriendo y describiendo e intentando comprender. Muchas de estas especies han sido domesticadas por nuestros antepasados y constituyen la base de la diversidad cultural del continente americano.

En el siglo XVIII, cuando José Celestino Mutis y su expedición española exploraron la región noroccidental de Sudamérica, concentró su trabajo, principalmente, en las plantas y los animales

de mayor tamaño. En la actualidad disponemos de herramientas moleculares que nos permiten estudiar toda clase de organismos. A modo de ejemplo, si tomáramos una hoja y observáramos en su interior, descubriríamos que está llena de hongos que crecen dentro de ella. En el Instituto de Investigaciones Tropicales de la Institución Smithsonian, en Panamá, hemos descubierto que una sola especie arbórea puede contener varios cientos de especies de endófitos fungales. Hechos como éste nos llevan a reflexionar sobre nuestra ignorancia acerca del mundo natural que nos rodea.

Cuando nuestra atención se centra en la biología y la biodiversidad, solemos pensar en las selvas del Amazonas, y algunos de nosotros recordamos las montañas andinas, el lugar que me vio crecer. Si abordáramos un avión en Caracas y voláramos hacia el sur sobre el Amazonas, durante cientos y cientos de kilómetros veríamos la selva que ocupa las tierras bajas y luego,

súbitamente, aparecería frente a nosotros los famosos *tepuis* (mesetas) de Venezuela y Colombia. Son formaciones rocosas absolutamente fascinantes que se hallan en medio de la selva e integran el denominado Macizo de Guayania, las más antiguas montañas de esa zona de América del Sur, pues se originaron hace aproximadamente 600 millones de años.

Si decidiéramos ascender a pie por los *tepuyes* de Chiriquete, en la selva amazónica, nos encontraríamos repentinamente con pinturas prehistóricas a varios cientos de metros sobre esa superficie de piedra. En ellas se podría distinguir una profusión de plantas, venados, peces, aves, personas durante una cacería; un observador atento podría ver incluso leopardos. Sabemos muy poco acerca de las personas que crearon estas pinturas, porque en la actualidad no existen asentamientos en esa parte del Amazonas, ni siquiera pueblos indígenas. Hasta donde sabemos, es probable que los ancestros de los indios carijona hayan habitado al pie de los *tepuis* y los hayan considerado parte de sus territorios. Es evidente que vivieron en esta zona durante cientos de años, posiblemente miles, pero no logramos saber con exactitud de dónde vinieron o adónde fueron; este es sólo uno de los tantos misterios que nos sorprenden una y otra vez en todo el territorio de América.

Hoy quisiera hacerles conocer a ustedes una pequeña parte del trabajo que hemos estado desarrollando con la finalidad de comprender cuántas de las áreas biológica y culturalmente diversas experimentan un proceso de transformación sustancial. En

la medida en que se modifican los hábitat, las criaturas —plantas, animales y microorganismos— acusan el impacto y, como consecuencia de ello, la cultura y los medios de subsistencia también se modifican, en algunos casos para mejorar y en otros para empeorar.

Historia de la diversidad biológica del continente americano

Como ya he dicho, las rocas de los *tepuis* que se encuentran en Venezuela son algunas de las formaciones rocosas más antiguas, ya que se originaron hace aproximadamente 600 millones de años. Alrededor de tres millones de años atrás, América del Norte y América del Sur eran continentes diferentes; el istmo de Panamá y Mesoamérica no existían. Luego, a causa del proceso geológico de movimiento de placas desde el Pacífico y el Atlántico, colisionaron y dieron origen al istmo. Este año celebramos los cien años de existencia de la República de Panamá, pero también celebramos los tres millones de años de la formación del istmo de Panamá.

Ese fenómeno geológico tuvo dos consecuencias de enorme trascendencia. Una de ellas fue, por supuesto, la creación de un puente entre América del Norte y América del Sur, que permitió la migración de diferentes plantas y animales en ambas direcciones. Muchos de los animales que consideramos autóctonos aquí —por ejemplo, la zarigüeya— son originarios de América del Sur; o, a la inversa, otros que son oriundos de América del Norte —como el venado— se trasladaron luego hacia el sur.

La migración dio origen a una increíble variedad de especies biológicas, que se difundieron en parte a través de las Antillas y en parte a través del istmo de Panamá. La otra consecuencia impactante consistió en que el surgimiento de este último creó una barrera entre los dos océanos, que confluían en corrientes continuas. Se produjo, así, la separación de los organismos que vivían en estos océanos, y ello dio origen a diferentes especies en ambas zonas. (Una de las posibilidades más curiosas que se les presentan a quienes visitan un lugar como Panamá es que pueden tomar el desayuno a orillas del Pacífico y almorzar a orillas del Atlántico, luego de un breve viaje en automóvil.)

Los coleccionistas pueden hallar erizos de mar cuyo aspecto es similar en una y otra orilla del istmo, pero que a lo largo de un período de tres millones de años se han transformado en especies diferentes. Podemos reconstruir esta historia de muchas maneras, y no sólo por medio de las especies actuales, porque la observación de plantas y animales fósiles nos revela que muchas de las criaturas que habitaban en el continente americano ya han desaparecido. Tal vez resulte sorprendente saber que en Colombia y en la Argentina existieron perezosos gigantes que medían 3,60 metros de altura.

La totalidad de este proceso de intercambio de plantas y animales ha dado origen a interacciones muy complejas; por ello, no sorprende en absoluto que Mesoamérica en su conjunto, los Andes, algunas zonas de Guyana y el territorio que se extiende hacia el sur, en dirección a Brasil,

así como zonas del sudeste asiático, sean, sin duda, las regiones de nuestro planeta que presentan la mayor variedad en lo que respecta a diversidad vegetal. Asimismo, la más rica diversidad de peces de agua dulce que uno pueda imaginar se halla en la cuenca del Amazonas, donde existen más de tres mil especies; ningún otro lugar de la Tierra cuenta con una variedad semejante.

Los seres humanos entran en escena

Los arqueólogos han hallado evidencia de que los primeros asentamientos humanos en el continente americano datan de hace solamente diez mil años. Por otro lado, los arqueólogos y los biólogos han intentado comprender de qué manera utilizaban los pueblos originarios el entorno y los recursos. Resulta evidente que los pueblos precolombinos que habitaban en el territorio de Panamá hace dos a tres mil años se valían de recursos naturales que tenían enorme importancia para ellos, e incluso seleccionaban animales tales como la raya con púa y la incorporaban a sus producciones artísticas. Los arqueólogos han reunido una notable colección de objetos tallados por los pueblos precolombinos; por ejemplo, nuestros antepasados fabricaban cuentas con caracolas. Hoy en día podemos emplear herramientas modernas para averiguar el origen de estas caracolas. Una de las regiones que han estudiado mis colegas del Instituto de Investigaciones Tropicales de la Institución Smithsonian es la zona costera de América Central, con el

propósito de discernir la manera en que sus habitantes utilizaban los recursos para su subsistencia; por supuesto, uno de los principales alimentos era el pescado.

Los peces presentan una serie de particularidades que resultan muy útiles para el arqueólogo. Una de ellas es que sus huesos son característicos de cada especie en particular; por ejemplo, en la cabeza tienen un pequeño hueso, ubicado en el oído, al que llamamos *otolito*. Lo excepcional es que el *otolito* es diferente en cada especie de pez, y su tamaño guarda relación con el tamaño de este. En las excavaciones arqueológicas extraemos estos huesos, y al contar y clasificar los *otolitos* podemos hacernos una idea de cuál era la dieta de las personas que vivían hace mil años, de cuáles eran las especies de peces que consumían y del tamaño de esos peces. Richard Cooke y sus colegas han demostrado que los pueblos precolombinos hacían uso de una amplia variedad de recursos naturales: la cantidad de especies diferentes de peces que utilizaban era superior a cien, y hay razones para suponer que cada una de esas especies de peces existe aún.

Resulta evidente que los pueblos indígenas que vivían y siguen viviendo en muchos lugares del continente americano tenían y tienen una interacción muy estrecha con su entorno. Esos pueblos desempeñaron un papel esencial en la selección e incorporación a la actividad agrícola de muchos de los cultivos que utilizamos en la actualidad y que son pilares fundamentales de las economías de nuestros países. Los ejemplos incluyen tanto las patatas, que comenzaron a cultivarse en la región andina, como el

maíz y los frijoles, que eran principalmente mesoamericanos, si bien hay cierto grado de controversia en cuanto a que los frijoles también se cultivaban en algunas zonas de Perú. El melón de Indias, que ha cobrado notable importancia en algunas zonas del África, es originario del Amazonas.

La mayoría de las especies que en la actualidad consideramos tradicionales y relevantes para nuestra agricultura y nuestra subsistencia fueron introducidas durante los últimos doscientos o trescientos años. Mencionaré algunos ejemplos: al parecer, el cultivo del trigo se inició en el sudeste asiático; el de arroz, en ciertas zonas de esa misma región; la caña de azúcar y las bananas comenzaron a cultivarse en Nueva Guinea; el café proviene de la región meridional de Etiopía, y es interesante destacar que las principales especies de animales cuya carne consumimos—entre las cuales se incluyen las aves de corral y el ganado vacuno y porcino— fueron domesticadas lejos del continente americano y se las introdujo en los siglos recientes.

Si recorriéramos la región andina y observáramos los sistemas de producción agrícola que se aplican en la actualidad, tal vez no advertiríamos que probablemente el 95% de los recursos que se utilizan provienen de otros continentes. La introducción de estos cultivos, plantas y animales tuvo una importancia capital para la organización de nuestras primeras sociedades, y dio origen a muchas clases diferentes de asentamientos y de sucesos que fueron conformando nuestra historia. Les propongo un desafío para su imaginación: ¿Cómo sería hoy Colombia si no se hubiera intro-

ducido el café? ¿O las islas del Caribe, en el archipiélago de las Antillas, sin la caña de azúcar y el impacto que ella produjo? Sin duda, habrían sido países muy diferentes. Gran parte de la historia del continente americano es resultado de este intercambio biológico.

Un biólogo en Colombia

Ahora bien: voy a cambiar por un momento el rumbo del discurso para hablarles con mayor detalle de mi propio trabajo y de algunas de las actividades que hemos desarrollado en Colombia durante los últimos diez años. ¿A qué se debe que un biólogo y científico haya terminado trabajando también en temas ambientales y en conservación?

Colombia se halla en una situación geográfica muy interesante en América del Sur, apenas por debajo del istmo de Panamá y de las Antillas. Es una encrucijada por donde pasaron repetidas veces varias especies. Luego surgió la cordillera de los Andes, hace cinco o seis millones de años, e impuso una barrera natural entre las selvas amazónicas y las zonas del Chocó. Se trata de tres cordones montañosos con valles muy secos en las regiones interandinas, y esa geografía extremadamente compleja convirtió a esta zona de Colombia en una de las regiones de mayor diversidad biológica del planeta.

Los científicos realizamos con frecuencia salidas de campo y recolectamos especímenes —plantas, animales, insectos— con el objeto de documentar la vida. Nos proponemos observar qué hay en cada

lugar y de dónde viene. Llevamos algunas de estas muestras a centros como el Museo Nacional de Historia Natural de la Institución Smithsonian en Washington. Consecuentes con una larga tradición de casi doscientos años, los científicos pertenecientes a la Institución Smithsonian y a otras afines recorren el continente americano para realizar investigaciones, y a ellos se han sumado, en los últimos tiempos, muchos científicos provenientes de países de América para trabajar en estas instituciones. Los museos constituyen reservorios de la diversidad biológica de nuestro continente.

Muchas de las áreas adonde vamos experimentan transformaciones a medida que ceden espacio a la producción agrícola. La primera vez que esta transformación produjo un impacto en mí fue cuando trabajaba en los Andes de Nariño, en Colombia. Al poco tiempo de estar allí, esa zona fue despejada para construir una carretera, y algunas de las especies que había recolectado cuando era un joven biólogo aparentemente habían desaparecido. Muchos biólogos atraviesan por una experiencia semejante; de la noche a la mañana, ya no es posible hallar los organismos que nos encantaba estudiar, o su cantidad y distribución se modifican a causa de procesos antropocéntricos de diverso tipo.

Cómo vincular la ciencia y la política

Cuando me desempeñaba como director del Instituto Nacional de Biodiversidad en Colombia, elaboramos un mapa que mostraba la tasa de transformación de los

ecosistemas naturales de Colombia, para lo cual utilizamos datos que obteníamos por medio de sensores remotos. Descubrimos que el área de mayor impacto era, comparativamente, la costa caribeña donde se hallan los ecosistemas de bosque tropical con estación seca; en la actualidad, lo que queda de ellos no alcanza al 3%. En lo que respecta a la región andina, alrededor del 70% del bosque de nubes que ocupaba originariamente los Andes de Colombia ha sido transformado en sistemas agrícolas. En cuanto a la región amazónica, el impacto general no alcanza cifras tan elevadas: es probable que sólo el 15 al 20% haya sido objeto de transformación, pero gran parte de los cambios que se concentraban al pie de la precordillera andina se fueron desplazando hacia el Amazonas en los últimos cuarenta años, y muchos de ellos están vinculados a factores tales como cultivos ilegales y plantaciones de coca.

El objetivo que nos impulsa es determinar no sólo cuáles son las áreas que revisten importancia para la conservación, sino también de qué manera podemos diseñar políticas que la promuevan, de qué modo podemos lograr la participación del público en esta tarea, y de qué forma podemos utilizar la riqueza biológica para brindar una alternativa que genere ingresos para las poblaciones locales y desarrollo para nuestros países.

Nuestros conocimientos científicos acerca de la diversidad biológica de un país como Colombia son muy precarios. El mapa que elaboramos muestra cada uno de los sitios donde se realizaron expediciones científicas en los últimos 150 años, so-

bre la base de la recolección de ejemplares biológicos. No sorprende en absoluto comprobar que casi todas las recolecciones se efectuaron en los alrededores de las grandes ciudades, porque los biólogos no solemos aventurarnos demasiado lejos; nos gusta recolectar ejemplares a orillas de las carreteras y de los ríos. En mi opinión, vastas zonas, como las llanuras del Orinoco y los bosques del Amazonas, han sido escasamente relevadas; es probable que en 150 años sólo se hayan realizado allí un par de docenas de expediciones.

Los estudios demuestran que algunas de las plantas y de los animales identificados ya habían desaparecido, en su mayoría durante los últimos cincuenta a cien años. En respuesta a esta preocupante situación, los científicos confeccionamos catálogos de vegetales y animales e identificamos áreas de importancia para la conservación, y tratamos de establecer áreas protegidas. Inicié esta tarea en 1980, cuando era un joven estudiante que trabajaba junto a un grupo de biólogos en las vertientes del Pacífico en Colombia. Descubrimos e identificamos muchas áreas con gran riqueza en aquello que denominamos “especies endémicas”: especies muy localizadas en pequeñas proporciones, como el tucán, que está distribuido en una zona que no alcanza a los dos mil kilómetros cuadrados. Algunas especies se hallan en permanente peligro de extinción debido a que transformamos sus hábitat; otras se adaptan muy bien a algunos de los sistemas de producción agrícola, aunque no a todos.

Comenzamos a diseñar un sistema de áreas protegidas —Parques Nacionales de

Colombia—, y al mismo tiempo se desarrolló un movimiento sumamente interesante de reservas naturales privadas, en el que participaban propietarios de tierras y fundaciones locales y otros científicos. Aquello que comenzó como una reserva en 1980 es hoy una red compuesta por más de doscientas reservas, administradas por comunidades locales en diferentes zonas del país. Luego de la Cumbre de la Tierra celebrada en 1992 se produjo una sustancial transformación en el sector ambiental. Reestructuramos por completo aquello que designábamos Sistema Ambiental Nacional de Colombia, lo cual incluyó la organización del denominado Consejo Ambiental Nacional, la creación del Ministerio del Ambiente y el fortalecimiento del sistema de parques nacionales, así como la descentralización total de la administración ambiental en 34 corporaciones regionales autónomas en diferentes lugares del país. También reconocimos —y fue aquí donde incidió mi propio trabajo— que era absolutamente necesario disponer de información científica fundamentada para respaldar las políticas. Consideramos que para ello era importante contar con una serie de institutos de investigación que suministraran la información científica indispensable para monitorear los cambios ambientales y desarrollar políticas eficaces.

Durante diez años dirigí el Instituto Nacional de Biodiversidad, al cual incorporamos como miembros a dieciocho instituciones colombianas, entre las que se hallan las principales universidades, organizaciones no gubernamentales, la Asociación de Productores de Café de Co-

lombia y otros actores clave para aunar recursos. Diseñamos una política nacional de biodiversidad compuesta por tres elementos: conocimiento, conservación y utilización. Consideramos que era necesario documentar y conocer aquello que teníamos, tomar medidas para conservar esa diversidad y utilizar esa riqueza como base para el progreso de los países en desarrollo.

Mantenemos un firme compromiso con el concepto de que, en nuestra opinión, la biodiversidad de un país como Colombia es la riqueza de los pobres, y el desarrollo económico de muchas regiones y países de América Latina estará indisolublemente ligado al desarrollo y uso de los recursos naturales y a su integración a la economía. Para ilustrar con precisión este concepto se ha utilizado una analogía: La diversidad biológica es la biblioteca más grande que tiene cualquier país. Nuestro objetivo consiste, en primer lugar, en preservar los libros; luego, es necesario garantizar que el lector tenga acceso a ellos, y si dispone de los libros y de los recursos para leerlos, entonces le será posible utilizar ese conocimiento. En rigor de verdad, estamos arrancando las páginas de esos libros, no tenemos suficiente capacidad para leerlos, y si esos dos elementos no se ponen en juego, no podremos utilizar esa diversidad biológica para generar el bienestar de las poblaciones locales.

Quisiera finalizar con algunas reflexiones generales acerca de los vínculos entre biodiversidad, cultura y desarrollo sostenible en sentido amplio. Como ya lo he dicho, considero que la riqueza biológica

es el principal patrimonio de nuestros países, por lo cual es necesario garantizar que podamos utilizarlo e integrarlo a las actividades de desarrollo. En términos científicos, vivimos en una época excitante, porque contamos con nuevas herramientas y tecnologías que expanden nuestras fronteras. Este año celebramos el quincuagésimo aniversario del descubrimiento de la estructura helicoidal doble del ADN. Las herramientas disponibles nos permiten desarrollar cultivos transgénicos en los sectores agrícolas y producir organismos genéticamente modificados, que podrían ser, según el punto de vista, positivos o negativos. No obstante, el ritmo de los cambios y las herramientas que nos permiten explorar, comprender, conservar y utilizar esta riqueza biológica se incrementan día a día, y tenemos a nuestro alcance un arsenal que no necesariamente está disponible en cada uno de nuestros países.

Ecosistemas y bienestar humano

La subsistencia y el bienestar de las personas están íntimamente ligados a la diversidad biológica y a los servicios ambientales que proveen los ecosistemas. Las interacciones entre ellos son complejas, pues incluyen el cambio climático, la provisión y la demanda de alimentos, agua potable, productos forestales y madera, entre otros. Los cambios en la biodiversidad producirán, en lo que atañe a productividad o superficie forestal, un impacto que podría acarrear el aumento de la erosión, y todas estas complejas interacciones son difíciles de manejar mediante una política única.

Es necesario que alcancemos una mayor comprensión del modo en que podemos diseñar políticas que tengan un efecto verdaderamente positivo.

En nuestra condición de sociedad humana, experimentamos cambios aceleradamente. Una de mis imágenes favoritas del planeta Tierra, tomada desde una nave espacial el año pasado, es la que muestra la línea oscura que marca el límite entre el día y la noche mientras avanza hacia Europa. Se pueden ver zonas del África, como Nigeria y otros lugares, y también es posible ver a Europa, y cada una de esas luces es una de sus ciudades. El ritmo con que se van produciendo los acontecimientos en nuestro mundo se incrementa más y más cada día, pero advertimos ciertas tendencias preocupantes. El Instituto Mundial de Recursos (WRI, por sus siglas en inglés) elaboró un informe titulado PAGE (Evaluación piloto de ecosistemas globales). Se trata de una planilla que muestra las tendencias generales para diferentes clases de servicios ambientales, entre los cuales figuran la biodiversidad, el carbono, la calidad del agua y la producción de alimentos y fibras, debido a que se relacionan con diversas clases de biomas y ecosistemas. En el gráfico, la mayoría de las flechas apuntan hacia abajo, pero algunas de ellas tienen dirección ascendente, porque la producción maderera experimenta un progresivo incremento, en lo que se refiere a forestación y conservación, en algunos ecosistemas forestales de determinadas zonas.

Nos hemos reunido con un grupo de colegas para realizar una evaluación exhaustiva del modo en que se relacionan

estos elementos. En la actualidad estamos trabajando en un proyecto que se denomina Millennium Ecosystem Assessment (Evaluación sobre ecosistemas del milenio). Es un emprendimiento similar al Panel Internacional sobre Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés), donde convocamos a alrededor de mil científicos de todo el mundo, incluyendo a representantes de diferentes países de América Latina.

Hemos diseñado un marco conceptual que nos permita comprender las diversas tendencias. Nuestro punto de partida son los servicios ambientales de los ecosistemas que esta riqueza puede suministrar en lo que respecta a alimentos, agua, clima y también servicios culturales, elementos que en su totalidad son esenciales para la subsistencia y la cultura en nuestros países. De estos servicios derivamos una amplia serie de beneficios, que incluyen salud, seguridad, libertad, opciones y relaciones sociales. Y hay un amplio conjunto de vehículos de cambio en funcionamiento, algunos de los cuales son indirectos y otros directos, e influyen tanto en el bienestar humano como en los servicios de los ecosistemas.

Estamos desarrollando un relevamiento global, con una serie de relevamientos sub-globales y locales, para evaluar el impacto de dichos estímulos sobre los bienes y servicios y las poblaciones locales, y para determinar el modo de diseñar diversas intervenciones que tengan la capacidad efectiva de modificar la manera en que se producen los cambios. El primer producto, el marco conceptual, fue publicado hace poco tiempo por Island Press, y la evaluación completa se dará a conocer en

2005. Estoy convencido de que será una contribución significativa para la ciencia y para nuestra comprensión de algunos de estos medios y de las conexiones que hay entre el bienestar y la biodiversidad.

Tenemos claro que poco a poco va aumentando nuestra conciencia respecto del lugar que ocupamos en el mundo. Una de las portadas de la revista *Time* del año pasado, en la edición que dedicó a la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible celebrada en Johannesburgo, mostraba al planeta Tierra apoyado sobre una margarita. Creo que esa imagen coloca la situación en perspectiva, demuestra cuán frágil es el entorno y pone de manifiesto la responsabilidad que cada uno de nosotros debe asumir en lo que respecta a garantizar un futuro sostenible. En mi opinión, lo importante es que hay una creciente conciencia sobre nuestra relación con la naturaleza. Son miles las personas que visitan el Museo Nacional de Historia Natural cada semana, y es posible percibir su fascinación por comprender el mundo en que vivimos. Estos jóvenes crecerán y comenzarán a ejercer influencia sobre los distintos niveles de gobierno y de la sociedad. Debemos enseñarles no sólo cuán frágil es la vida, sino también de qué manera nuestra subsistencia y la cultura que atesoramos están íntimamente ligadas al cuidado y la protección de la Tierra.

Según mi punto de vista, uno de los elementos esenciales de lo que nosotros podemos ofrecer, como científicos que trabajamos en América Latina, ya sea en la Institución Smithsonian u otras similares, es el fundamento para el conocimiento de

CRISTIÁN SAMPER

nuestro entorno originario y de las interacciones que establecemos con el ámbito que nos rodea. Deseamos ayudar a las personas a desarrollar políticas que les permitan tomar mejores decisiones para alcanzar sostenibilidad, de modo tal que podamos tener expectativas para nuestro futuro y comprender mejor nuestro pasado.

A handwritten signature in black ink that reads "CSamper K." The signature is written in a cursive, slightly slanted style. The "C" is large and loops around the "S". The "K" is also large and has a long, sweeping tail that extends to the right. The signature is centered horizontally within a light gray rectangular background.

Dr. Cristián Samper nació en Costa Rica y se educó en Colombia, donde asistió a la Universidad de los Andes. Sus estudios de grado en la Reserva Natural La Planada, en Colombia, lo impulsaron a proseguir cursos de posgrado con especialización en biología, y más tarde recibió su diploma de Maestría y Doctorado en la Universidad de Harvard. Antes de trasladarse a Washington, el Dr. Samper se desempeñó como director del Instituto de Investigaciones Tropicales de la Institución Smithsonian, en Panamá, durante dos años. A fines de la década de 1990 ocupó en Colombia el cargo de consejero científico principal en el Ministerio del Ambiente y, al mismo tiempo, contribuyó a la creación y conducción del Instituto Alexander von Humboldt, sociedad orientada a la creación de una política ambiental con base científica. Entre sus investigaciones más recientes se incluyen la ecología de los bosques de nubes andinos, la biología de la conservación y la política ambiental. Fue nombrado director del Museo Nacional de Historia Natural de la Institución Smithsonian en 2003.

Fotografía: Unidad de Fotografía del BID
Traducción: Laura Canteros
Edición: Rolando Trozzi
Diseño: Andrea Leonelli

Otras publicaciones de la Serie *Encuentros*:

- *Casas, voces y lenguas de América Latina*
Diálogo con José Donoso, novelista chileno,
autor de *Casa de Campo*.
No. 1, marzo de 1993.
- *Cómo empezó la historia de América*
Germán Arciniegas, periodista, historiador y
diplomático colombiano.
No. 2, abril de 1993.
- *Año internacional de los pueblos indígenas*
Rigoberta Menchú, líder indígena
guatemalteca y Premio Nóbel de la Paz en
1992.
No. 3, octubre de 1993.
- *Narrativa paraguaya actual: dos vertientes*
Renée Ferrer, escritora y poeta paraguaya.
No. 4, marzo de 1994.
- *El Paraguay en sus artes plásticas*
Annick Sanjurjo Casciero, historiadora
paraguaya.
No. 5, marzo de 1994.
- *El porvenir del drama*
Alfonso Sastre, dramaturgo español.
No. 6, abril de 1994.
- *Del baile popular a la danza clásica*
Edward Villella, bailarín estadounidense,
director artístico del Ballet de la Ciudad de
Miami.
No. 7, agosto de 1994.
- *Belice: una perspectiva literaria*
Zee Edgell, novelista beliceña, autora de *Beka
Lamb*.
No. 8, setiembre de 1994.
- *El desarrollo de la escultura en la Escuela Quiteña*
Magdalena Gallegos de Donoso, antropóloga
ecuatoriana.
No. 9, octubre de 1994.
- *Arte en contexto: estética, ambiente y función en las
artes de Japón*
Ann Yonemura, curadora norteamericana de
arte japonés de las Galerías Freer y Sackler de
la Institución Smithsonian.
No. 10, marzo de 1995.
- *Hacia el fin del milenio*
Homero Aridjis, poeta mexicano, ganador del
Premio Global 500 de las Naciones Unidas.
No. 11, setiembre de 1995.
- *Haití: una experiencia de dos culturas*
Edwidge Danticat, novelista haitiana, autora
de *Krik! Krak!*
No. 12, diciembre de 1995.
- *Los significados del milenio*
Bernard McGinn, teólogo norteamericano de
la Universidad de Chicago.
No. 13, enero de 1996.
- *Milenarismos andinos: originalidad y materialidad
(siglos XVI - XVIII)*
Manuel Burga, sociólogo peruano de la
Universidad Nacional Mayor de San Marcos,
Lima.
No. 14, febrero de 1996.
- *Apocalipsis en los Andes: zonas de contacto y lucha por
el poder interpretativo*
Mary Louise Pratt, lingüista canadiense de la
Universidad de Stanford.
No. 15, marzo de 1996.

- *Cuando nos visitan los forasteros: discurso del milenio, comparación y el retorno de Quetzalcóatl.*
David Carrasco, historiador norteamericano de la Universidad de Princeton.
No. 16, junio de 1996.
- *El mesianismo en el Brasil: notas de un antropólogo social*
Roberto Da Matta, antropólogo brasileño de la Universidad de Notre Dame.
No. 17, setiembre de 1996.
- *El milenio de los pueblos: el legado de Juan y Eva Perón*
Juan E. Corradi, sociólogo argentino de la Universidad de Nueva York.
No. 18, noviembre de 1996.
- *Breves apuntes sobre la literatura ecuatoriana y norteamericana*
Raúl Pérez Torres, poeta ecuatoriano.
No. 19, marzo de 1997.
- *Sociedad y poesía: los enmantados*
Roberto Sosa, poeta hondureño.
No. 20, mayo de 1997.
- *La arquitectura como un proceso viviente*
Douglas Cardinal, arquitecto canadiense del Museo Nacional del Indio Americano en Washington D.C.
No. 21, julio de 1997.
- *Cómo se escribe una ópera: una visita tras bambalinas al taller del compositor*
Daniel Catán, compositor mexicano de ópera, incluyendo *Florenia en el Amazonas*.
No. 22, agosto de 1997.
- *La bienvenida mutua: transformación cultural del Caribe en el siglo XXI*
Earl Lovelace, novelista de Trinidad y Tobago y ganador del premio de la Mancomunidad Británica para Escritores en 1997.
No. 23, enero de 1998.
- *De vuelta del silencio*
Albalucía Angel, novelista colombiana, pionera del posmodernismo latinoamericano.
No. 24, abril de 1998.
- *Cómo se están transformando los Estados Unidos por efecto de la inmigración latina.*
Roberto Suro, periodista estadounidense del *Washington Post* en Washington, D. C.
No. 25, mayo de 1998.
- *La iconografía de la cerámica pintada del norte de los Andes*
Felipe Cárdenas-Arroyo, arqueólogo colombiano de la Universidad de Los Andes en Bogotá.
No. 26, julio de 1998.
- *En celebración de la extraordinaria vida de Elisabeth Samson*
Cynthia McLeod, novelista surinamesa y autora de *El caro precio del azúcar*.
No. 27, agosto de 1998.
- *Un país, una década*
Salvador Garmendía, escritor venezolano, ganador del Premio Juan Rulfo y del Premio Nacional de Literatura.
No. 28, setiembre de 1998.
- *Aspectos de creación en la novela centroamericana*
Gloria Guardia, escritora panameña, miembro de la Academia Española en Panamá.
No. 29, setiembre de 1998.

- *Hecho en Guyana*
Fred D'Aguiar, novelista guyanés, ganador de los Premios Whitbread, Obras de Ficción y Malcolm X de Poesía.
No. 30, noviembre de 1998.
- *Mentiras verdaderas sobre la creación literaria*
Sergio Ramírez, escritor nicaragüense, Vicepresidente de su país, autor de *Margarita, está linda la mar*.
No. 31, mayo de 1999.
- *Mito, historia y ficción en América Latina*
Tomás Eloy Martínez, escritor argentino, autor de *Santa Evita*.
No. 32, mayo de 1999.
- *Fundamentos culturales de la integración latinoamericana*
Leopoldo Castedo, historiador español-chileno.
No. 33, setiembre de 1999.
- *El Salvador y la construcción de la identidad cultural*
Miguel Huezco Mixco, periodista y poeta salvadoreño.
No. 34, octubre de 1999.
- *La memoria femenina en la narrativa*
Nélida Piñon, novelista brasileña, autora de *República de los sueños*.
No. 35, noviembre 1999.
- *Le Grand Tango: la vida y la música de Astor Piazzolla*
María Susana Azzi, antropóloga cultural argentina y miembro del directorio de la Academia Nacional del Tango en Buenos Aires.
No. 36, mayo de 2000.
- *El fantasma de Colón: el turismo, el arte y la identidad nacional en las Bahamas*
Ian Gregory Strachan, profesor de inglés en la Universidad de Massachusetts en Dartmouth, y autor de la novela *God's Angry Babies*.
No. 37, junio de 2000.
- *El arte de contar cuentos: un breve repaso a la tradición oral de las Bahamas*
Patricia Ginton-Meicholas, presidenta fundadora de la Asociación de Estudios Culturales de las Bahamas, y ganadora de la Medalla Independence de Bodas de Plata en Literatura.
No. 38, julio de 2000.
- *Fuentes anónimas: una charla sobre traductores y traducción*
Eliot Weinberger, editor y traductor de Octavio Paz, y ganador del premio PEN/Kolovakos por su labor como promotor de la literatura hispánica en los Estados Unidos.
No. 39, noviembre de 2000.
- *Trayendo el arco iris a casa: el multiculturalismo en Canadá*
Roch Carrier, director del Consejo Canadiense para las Artes (1994-1997), y el cuarto Director de la Biblioteca Nacional de su país.
No. 40, febrero de 2001.
- *Una luz al costado del mundo*
Wade Davis, explorador residente de la National Geographic Society y autor de *The Serpent and the Rainbow* [La serpiente y el arco iris] y *One River* [Un río].
No. 41, marzo de 2001.

- *Como nueces de castaña: escritoras y cantantes del Caribe de habla francesa*
 Branda F. Berrian, profesora de la Universidad de Pittsburg y autora del libro *That's the Way It Is: African American Women in the New South Africa*. No. 42, julio de 2001.
- *El capital cultural y su impacto en el desarrollo*
 Camilo Herrera, sociólogo colombiano; en 2000 fundó y dirige el Centro de Estudios Culturales para el Desarrollo Político, Económico y Social, en Bogotá. No. 43a, octubre de 2001.
- *La modernización, el cambio cultural y la persistencia de los valores tradicionales*
 Basado en el artículo de Ronald Inglehart, profesor de Ciencias Políticas y director de Programa en el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Michigan.; y Wayne E. Baker, y profesor asociado en el Instituto de Investigación Social. No. 43b, febrero de 2002.
- *Las industrias culturales en la crisis del desarrollo en América Latina*
 Néstor García Canclini, destacado filósofo y antropólogo argentino, ganador del Premio Casa de la Américas (1981) y director del programa de Estudios Culturales Urbanos en la UNAM, Iztapalapa, México. No. 43c, abril de 2002.
- “Downtown” *Paraíso: reflexiones sobre identidad en Centroamérica*
 Julio Escoto, novelista hondureño ganador del Premio Nacional de Literatura (1974), el Premio Gabriel Miró de España (1983) y el Premio José Cecilio del Valle de Honduras (1990). No. 44, enero de 2002.
- *El arte y los nuevos medios en Italia*
 Maria Grazia Mattei, con notas del artista Fabrizio Plessi. La Dra. Mattei es una experta en las nuevas tecnologías de la comunicación; en 1995, fundó *MGM Digital Communication*, un estudio de investigación y desarrollo especializado en la cultura digital en la ciudad de Milán. No. 45, febrero 2002.
- *Definiendo el espacio público: la arquitectura en una época de consumo compulsivo*
 Rafael Viñoly, arquitecto uruguayo, finalista en el concurso de diseño del nuevo “World Trade Center” y diseñador de la nueva expansión del “John F. Kennedy Center for the Performing Arts” en Washington DC. No. 46, mayo de 2003.
- *Artesanías y mercancías: las tallas oaxaqueñas en madera*
 Michael Chibnik, profesor de Antropología de la Universidad de Iowa, conferencia basada en su libro *Crafting Tradition: The Making and Marketing of Oaxacan Wood Carving*, University of Texas Press, 2002. No. 47, mayo de 2003.

- *Educación y ciudadanía en la era global*
Fernando Savater, filósofo y novelista español, y catedrático de Ética en la Universidad Complutense de Madrid.
No. 48, octubre de 2003.
- *Ecología cultural en las Américas*
Cristián Samper, Director del Museo Nacional de Historia Natural de la Institución Smithsonian en Washington DC; y ocupó el cargo de consejero científico principal en el Ministerio del Ambiente en Colombia.
No. 49, diciembre de 2003.
- *El puesto sustantivo de la ética en el desarrollo de América Latina*
Salomón Lerner, catedrático de filosofía de la Pontificia Universidad Católica del Perú y rector de esta institución desde 1994. En 2003, le fue otorgado el Premio Nacional de Derechos Humanos “Ángel Escobar Jurado”.
No. 50a, abril de 2004.
- *Convicciones que sabotean el progreso*
Marcos Aguinis, Secretario de Cultura de la Nación en Argentina. Creó el Programa Nacional de Democratización de la Cultura; recibió el Premio Planeta de España y el Gran Premio de Honor por la totalidad de su obra de la Sociedad Argentina de Escritores.
No. 50b, junio de 2004.
- *La dificultad de decir la verdad*
Darío Ruiz Gómez, crítico de arte, desarrollo urbano y literatura. Ha publicado libros de cuentos, crítica literaria y arquitectura, y además una novela *Hojas en el patio*.
No. 50c, octubre de 2004.
- *Hölderlin y los U'wa: una reflexión sobre la naturaleza y la cultura frente al desarrollo*
William Ospina, ensayista, poeta y traductor. En 1992 recibió el Premio Nacional de Literatura del Instituto Colombiano de Cultura, y en 2003 le fue otorgado el Premio Casa de las Américas.
No. 51, julio de 2004.

○ Versiones en inglés y en español

La Serie Encuentros es distribuida gratuitamente a las bibliotecas municipales y universitarias de los países miembros del Banco Interamericano de Desarrollo. Las entidades interesadas en obtener la serie deberán dirigirse al Centro Cultural del BID, en Washington, D.C., a la dirección que aparece en la contratapa.



Banco Interamericano de Desarrollo
CENTRO CULTURAL DEL BID

1300 New York Avenue, N.W.
Washington, D.C. 20577
Estados Unidos de América

Tel: (202) 623-3774
Fax: (202) 623-3192
IDBCC@iadb.org
www.iadb.org/cultural